

— ¿A tu casa?... Esta noche no. Cuando cuento la historia tengo el vino malo. Pué que te diera un disgusto gordo. ¡Solo! ¡solo! — añadió, apartando a la camarera —. ¡Solo! Esta noche solo a la galería, donde no estorba nadie.

En la galería entró tambaleándose, sin encender luz, ensudariado por las tinieblas, que cayeron en anchos pliegues húmedos sobre la estera donde sollozaba el *Hampón*.

IX

El primer día de feria ganó Román una crecida suma. Llamado al casino para un asunto del máximo cacique, tomó café con él en la sala de juego; recibió órdenes, y cuando, ya sombrero en mano, se despedía del ricacho e influyente señor, éste hubo de decirle:

— Está prohibido a los no socios apuntar una carta; pero en los ojos te relumbra el deseo de probar fortuna. Si quieres, y por una vez, puedes hacerlo, con permiso de estos señores. Yo lo pido en tu nombre. ¿Hay dificultad, caballeros?

Nadie contestó, y fué el silencio muestra precisa de que, si no aplaudían, toleraban aquel capricho del cacique. No era cuestión de ponerse a malas con él por cosas de tan poca importancia.

Román jugaba de prisa el dinero y, si el azar venía en su ayuda, a pocos lances realizaba una buena ganancia. Esto le ocurrió en el casino: cinco o seis cartas acertadas le bastaron para alzarse con unos miles de pesetas.

Era de justicia mojar aquel dinero. El *Zurdo*, cuando en su partida menguaron «los puntos» y la

media noche sonó, dió por seguro que no vendría gente de fresco en gran número y menos con sumas de cuantía a arriesgar; dejó a cargo de su *alter ego* la vigilancia del salón y fué con varios amigos a *Los Montañeses*, colmado famoso donde había, a toda hora, seguridad de tener excelentes manjares. De vinos no se diga, porque las mejores marcas presidían los estantes de roble o tomaban fuerza y aroma en botas de muy respetable vejez.

Fué abundante la cena, y las libaciones copiosas. A los postres se descorchó el Champagne; al cosquilleo de su espuma se desataron intenciones y lenguas, no faltando quien hablase a Román de la *Cañas* y del desvío que por Román mostraba, de algún tiempo a entonces, la que antes le servía en esclava y estaba pronta a todos sus deseos, mandatos y caprichos.

— ¡Dejadla! — respondió Román —. ¿A qué mentar esa escoria aquí? No es prenda de mérito; si lo fuese, hubiera puesto los medios pa que no tendiese las alas hacia otro palomar.

— Hacia el palomar del *Hampón* echó el vuelo, y de allí no hay fuerza que la arranque.

— ¡No me dieran más trabajo! — exclamó Román —. Vaya — siguió diciendo —, ¿queréis que os lo pruebe? Así como así, aun tengo cuentas a arreglar con ella y con ese haraposito. Precisamente día es hoy de quincena; quizá el *Hampón* vaya por el

café. Aquella noche, porque la *Cañas* estaba en su obligación y porque la *Cañas* no se me importa el canto de una perra chica, no armé la de Dios en el «camarote de arriba». Ea, caballeros, ahí va un cigarro y a tomar café aquí — el de *La Buena Sombra* está colao por borras —; tomaremos con el café una copa de «Tres Estrellas»; luego a las camareras, y ya verán cómo esta noche torna la moza a su redil sin necesidad de echarle los perros.

Rebosaba en gente el café. Las mesas del turno de la *Cañas* no ofrecían lugar vacío; en una de ellas, y platicando con Irene, estaban el *Hampón* y tres o cuatro cortadores. Preciso les fué a Román y a sus acompañantes tomar asiento en un velador próximo a la mesa de los mineros.

— Ni siquiera te ha hecho así con la mano — dijo a Román uno de sus amigos.

— Ya hará, ya hará — respondió el jugador —. ¡Amo!

— ¿Qué se ofrece? — preguntó desde el mostrador el amo del café.

— ¿Está el «camarote» disponible?

— Pa usted, siempre, Román.

— Gracias. Pues que nos suban allá arriba una caja de vino y que desenfunde la sonanta el *Manitas*. ¡Ah! Quiero que nos sirva la *Cañas*.

— Como lo mande usted.

— ¿Has oído, prenda? — dijo Román encarando-

se con Irene —. Y esta noche no pués negarte, ni pué nadie impedirlo, porque esta noche, como aquella de marras, has de cumplir tu obligación.

— Anda — murmuró el *Hampón* por lo bajo —. Otra noche será conmigo; esta noche con él.

— Ni ésta ni ninguna. Viene con mala entraña y no se le cuajará el gusto.

— ¿Has oído? — volvió a decir Román.

— Sí, señor. Pero el caso es que no voy a ser yo quien le sirva.

— Obligación tuya es.

— Mientras lleve el delantal puesto — contestó fieramente la *Cañas* —; sólo que mira, Román, ya está quitao, y no soy más que una parroquiana, y los parroquianos no sirven al público. Alternan con quien les parece, y en paz.

— Eso sí que no te lo aguanto — exclamó Román sordamente —. Eso, mala persona, es hacerme de menos en presencia del público y, tal acción, ni a ti ni a nadie.

Alzándose de la silla, el *Zurdo* enderezó hacia donde estaba la *Cañas*.

— Mire lo que hace — habló el *Hampón* medio incorporándose en el diván —; antes, bien; la mujer era una camarera; ahora es una mujer y tié más gusto de estar con nosotros que de ir con usté allá arriba, y sa menester respetarla en su gusto.

— ¡Respetarla! Ni a ella ni a ti.

Y Román, cogiendo a la *Cañas* por un brazo, la sacó bruscamente del diván y la hizo ir rodando a cuatro pasos de distancia.

No tuvo tiempo para más; de un salto el *Hampón* cayó sobre el *Zurdo*, le sujetó por las solapas de la americana, le agarró con la mano libre por la pretina del campanudo pantalón, y alzándole en el aire lo dejó caer con golpe sordo contra el piso.

El caído trató de incorporarse, esgrimiendo un cuchillo; la faca relumbró en la diestra de Jorge; pero la gente se interpuso y los amigos de Román sacaron a empujones al aporreado del café, mientras los cortadores llevaban al *Hampón* hacia el cuarto de arriba.

— Nos veremos — barboteó con rabia Román.

— Cuando quieras. Ya sabes dónde vivo — repuso con feroz sonrisa el minero —. Y que yendo a mi casa en mi busca no hay cuidiao, como aquí, de que puea estorbar la gente.

X

— Un capricho es — decía dos horas después al *Hampón* la *Cañas* en el «camarote», donde habían quedado solos.

— ¿Un capricho? ¿Cuál?

— ¿Dices que esta noche tampoco quieres ir a casa?

— Son ya muchas noches y no soy yo hombre pa entrar muchas noches en alcobas ande otros hombres puén dormir también.

— Conformes; no entres más en mi alcoba; pero déjame ir a la tuya. Permítame dormir una noche en la galería abandoná, encima del cacho de estera ande, según dices, duermes tan ricamente.

— Sí que eres rara, criatura.

— No es que soy rara; es que te vas, Jorge, y es que no pueo estar sin ti. Déjame ir siquiera por esta noche, déjame.

— ¡Vaya! No te aflijas; vendrás, ya que tan gran empeño tiés. Sólo por esta noche, ¿estamos? No te arregostes, porque sería inútil.

— Sólo por esta noche.

* * *

Rodeándole con un brazo el cuerpo, caída la cabeza sobre el hombro de Jorge, va Irene; sus ojos miran al cielo.

Ninguno habla. Ella camina como en éxtasis; él, contemplando el contorno desigual de la mina.

A una gran llamarada que brota de la chimenea central, cree entrever la *Cañas* sombras moviéndose tras una tapia.

— Serán árboles — exclama en voz alta.

— ¿Qué? — pregunta Jorge.

Dos fogonazos iluminan la obscuridad, y el *Hampón*, llevándose la mano al pecho, vacila y exclama con acento de ira :

— ¡El asesino! ¡Me ha matao!

Hace un esfuerzo para sostenerse en pie, y cae.

— ¡No grites!... ¡No llares! — murmura oprimiendo con sus manos las de la joven —. Cuando no hay remedio, está tó demás.

— ¡Jorge!...

— Miá tú, quizás que hayan hecho un favor matándome. Te iba tomando ley y... Ya di muerte a una mujer que me engañó. Fuera desdicha que, andando los tiempos, también te hubiera tenío que matar.

— ¡Jorge!...

— No te muevas. Mete la mano aquí, cerca de esta hería que mana sangre. ¿Tientas? Es el medallón. Tráelo. Ábrelo apretando el resorte. Yo no

pueo moverme. Es un niño, el retrato de un niño..
Aquel niño, ¿sabes?... Pónmelo delante de los ojos.

Fijas quedaron las grandes pupilas verdemar en
la cabecita infantil que recortaba el medallón. Poco
a poco cuajaron sobre las pupilas dos lágrimas.

Fueron las últimas lágrimas de una vida; tem-
blando quedaron en los párpados.

La *Cañas*, cerrando con sus labios los ojos del
Hampón, bebió aquellas dos lágrimas.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Paraíso perdido.....	5
El «Lobo».....	21
El retrato del maestro.....	77
El sino.....	87
El Hampón.....	149